

Las garzas se fueron y llegaron las armas

The Herons Left and the Guns Arrived

Este cuento fue merecedor de una mención de honor en la Categoría II del Primer Concurso Interdisciplinario «Narrativas y Ciencia», y fue seleccionado por el comité editorial para su publicación en nuestra revista.

María Belén Tite Haro

mtiteharo@estud.usfq.edu.ec

Universidad San Francisco de Quito

Fecha de envío: 24/06/2026

Fecha de aceptación: 27/06/2026

DOI: <https://doi.org/10.18272/anima.v6i.4404>



El método científico es un protocolo para conocer la verdad, escribe de mala gana Verónica Cruz en su libreta, mientras el yeso de la pared, vuelto polvo por la humedad, caía sobre su taza de café frío.

«El genoma del ser humano es una serie de códigos y patrones que transcriben proteínas encargadas de la funcionalidad de distintos órganos y sistemas. La secuencia de bases nitrogenadas forma aminoácidos, que sintetizan proteínas. Esta información se hereda. Hay mutaciones silenciosas en las que un cambio en una base del codón —compuesto por tres— no altera la proteína, pues el aminoácido sigue siendo el mismo. Sin embargo, las mutaciones tipo frameshift, que provocan la delección de una base, interrumpen el equilibrio: el codón deja de ser múltiplo de tres, y la proteína se vuelve aberrante, perdiendo su función».

Verónica apoya la punta del esfero en su labio, dibujándose un lunar azul sin darse cuenta. Se pasa una mano por el cabello enredado. Siente su propio cansancio en la sequedad de su piel y en la delgadez de sus brazos.

—Mija, ya está la merienda. —La voz familiar de su madre la arrancó de su trance.

Se graduó de bióloga hace quince años, un 24 de marzo de 2010, pero se convirtió en periodista el 28 de diciembre de 2015 cuando su hija Joaquina, de cinco años, desapareció del patio de su casa. Porque las cosas solo existen cuando se nombran, y aunque la ausencia la sentía en las entrañas, sabía que debía contarse lo que pasó para que fuera real.

Desde 2015 tiene anemia, porque en 2009, a partir de la tercera semana de gestación, transfundió sangre a su hija a través de las vellosidades coriónicas en el útero, permitiéndole nacer meses después. Pero cuando Joaquina desapareció y su asesinato se hizo evidente, Verónica nunca recuperó sus niveles de hemoglobina. Sin embargo, la tragedia solo se volvió tangible cuando ella misma la escribió en un periódico local. Desde entonces, dedica su carrera a redactar reportajes sobre desapariciones y muertes violentas en el país.

A pesar de los miles de casos diarios, no ha logrado acostumbrarse a la sensación de vacío en el estómago que le produce escribir sobre otro desaparecido. Y, sin embargo, no puede despegarse de la vieja mesa de la cocina, donde el aroma a ajo y perejil intensifica las náuseas que siente al redactar la noticia. El café se enfría y varias hojas, vueltas

pedazos, caen al suelo porque es incapaz de encontrar la manera de dar relevancia al secuestro y asesinato de cuatro niños en San Fernando, un pueblo de la Costa militarizado desde hace meses en una medida del gobierno para mitigar el narcotráfico, la extorsión y otros delitos que se han apoderado del puerto.

Al principio, se obliga a enfocarse en los datos: edades, nombres, lugares. Luego, las imágenes la invaden. Verónica se visualiza a sí misma como un niño de 11 años que patea una pelota de fútbol en la calle después del colegio, sintiendo el calor seco de la Costa pegarle en el rostro, las gruesas gotas de sudor empapando su camiseta. Siente el deseo de un bolo de jugo de piña helado mientras jadea, cansado de correr por la plaza del puerto.

No se despidió de su abuela porque pensó que regresaría a tiempo para comer verde con sal y queso, acompañado de agua caliente con panela. No le extrañó que aquella tarde, en vez de ver a las garzas subir a los árboles como cometas blancos, presenciara una lluvia de balas que rompió la armonía de la salsa que sonaba en el puerto. Todo ocurrió tan rápido que no alcanzó a sentir miedo cuando lo subieron a él y a otros tres niños a la parte trasera de una camioneta militar, desnudándolos e insultándolos, acusándolos de ladrones.

El aire sofocante de la noche era lo único que cobijaba su piel, y sintió vergüenza de llorar. Los abandonaron en medio de la carretera, cerca de la base militar. Corrieron a la casa de un vecino que les prestó un teléfono. Uno de ellos, Ismael, llamó a su padre. Pero el menor, Steven, de 11 años, sintió una soledad infinita al no tener a quién llamar: sus abuelos no tenían teléfono.

Nunca volvieron.

Al vivir a través de sus pensamientos, Verónica siente su propio cuerpo arrastrado por las olas del mar, perdiéndose en la espuma salada de la noche, sola en el agua infinita que la alejaba de la orilla y de la esperanza de volver a casa. Suelta una lágrima al verse a sí misma en esos niños que nunca volverían a jugar con la pelota, ni a tomar jugo de piña, ni a saludar a sus abuelas.

—Mija, solo faltas tú en la mesa —la interrumpe su madre.

Verónica no responde. Su mirada sigue clavada en la libreta y en la tinta azul que había comenzado a correrse con la humedad de sus dedos.

—No tengo hambre —murmura, jugando con la esquina arrugada del papel.

Su madre suspira, apoyándose en el marco de la puerta. La luz tenue de la cocina le marcaba las arrugas en el rostro.

—Sé que es difícil, pero tal vez, si comes y descansas, por fin vas a terminar de escribir tu noticia.

Verónica deja el esfero sobre la mesa y se frota sus ojos dibujándose entre los párpados una sombra azul.

—No hay una forma sencilla de cuantificar las ausencias o de materializar ese pedazo de corazón que falta cuando alguien desaparece —dice con voz áspera—. He pensado que lo mejor sería hacer una metáfora sobre la ciencia. Después de todo, parece ser la verdad más absoluta.

Su madre la mira con curiosidad.

—¿A qué te refieres?

Verónica endereza la libreta y pasa las páginas con los dedos manchados de tinta.

—A que las mutaciones genéticas por la falta de una base nitrogenada implican la incompatibilidad con la vida de un organismo. Un solo error en la secuencia y la proteína se vuelve aberrante, pierde su función... Se desmorona todo.

Se detiene un momento. Su madre la observa con el ceño fruncido y su estómago gruñe impaciente por el hambre. Sólo es capaz de pensar que la carne frita se enfría, que pronto estará dura y perderá su sabor.

—Tal vez si abro el texto con una metáfora, la gente entienda que nos faltan cuatro —susurra Verónica.

Su madre cruza la cocina y se sienta frente a ella. El silencio se instala entre ellas, roto solo por el murmullo de la olla en el fogón.

—Ven a comer, aunque sea un poco —insiste su madre.

Verónica suspira y cierra la libreta. Se levanta con lentitud y mientras se acerca a la mesa, sabe que después de cenar, volverá a escribir. Porque si las cosas solo existen cuando se nombran, no va a permitir que estos niños desaparezcan dos veces.